

Diferentes caras, un solo dolor: crónica de mujeres víctimas de la violencia de género



Jaime Eduardo León Durán
Programa de Periodismo y Opinión Pública
2015



Universidad del Rosario

Diferentes caras, un solo dolor: crónica de mujeres víctimas de la violencia de género

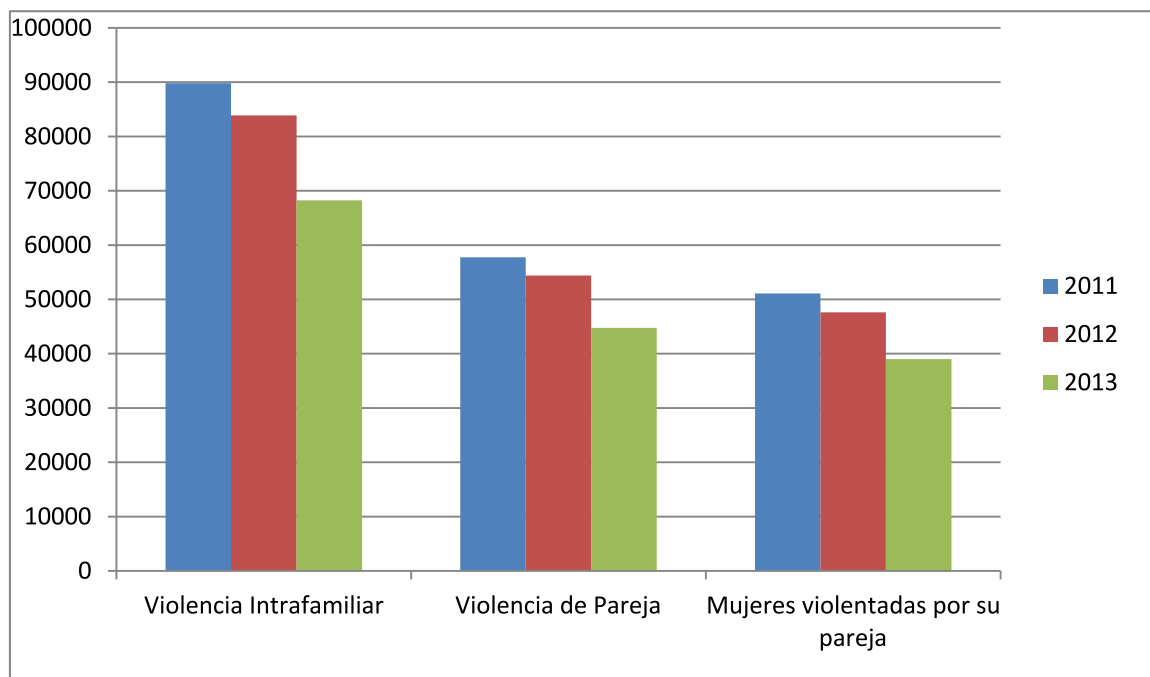
Por: Jaime Eduardo León Durán

“Me arrastró por la casa, del pelo”; “Él me pegaba por todo y me celaba... me llegó a celar con mi propio padre y hasta con su papá, mi suegro”; “Creo que no me pudo matar porque los niños... las niñas y el niño, se despertaban”.

Tres testimonios diferentes de la violencia sufrida, que forman parte de una dura realidad que muchas mujeres de nuestro país afrontan a diario, pero que permanecen invisibilizados tras las paredes de sus hogares, o de lo que pareciera serlo.

Tras esos muros, que se transforman en cárceles, se encuentra el principal anhelo de estas historias. Revelar la infame crítica, desaprobación y violencia que sufren las mujeres: gritos e improperios, golpes y laceraciones, tendientes a deshumanizarlas y considerarlas como propiedad privada de unos hombres que no comprenden ni dimensionan el daño que generan.

Nuestra sociedad permanece impávida ante estas historias, que evidencian las alarmantes cifras de violencia intrafamiliar y de pareja que se registran. Según el Instituto Colombiano de Medicina Legal, para el año 2013 se registraron 68.230 casos de violencia intrafamiliar en el país, de los cuales un 65.58% correspondía a violencia de pareja. Dentro de esta última estadística, las mujeres fueron las víctimas en un 87.21%.



Fuente: Sistema de Información para el Análisis de la Violencia y la Accidentalidad en Colombia – SIAVAC y el Sistema de Información de Clínica y Odontología Forense –SICLICO, del Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses.



Observando la anterior gráfica, se aprecia que las cifras de 2013 representan globalmente una reducción de los casos de violencia, frente a las reportadas en 2012 y 2011. Sin embargo, aún no es perceptible una respuesta social activa y efectiva a la problemática, que debería materializarse con su rechazo absoluto y permanente. Además, es difícil calcular el subregistro estadístico de las mismas. Un número importante de conflictos y/o lesiones no son denunciados, o son reorientados por pudor, orgullo o temor.

En este sentido, la ONG Sisma Mujer demuestra de acuerdo a la Encuesta Nacional de Demografía y Salud de 2010 (ENDS Colombia 2010), que el 73% de las mujeres no denuncian la violencia sufrida por parte de su pareja. Contrario a lo que presentan los datos de Medicina Legal, SISMA afirma que entre el año 2003 y 2013, la violencia de pareja en contra de la mujer creció un 16%.

Partiendo de este contexto, donde la realidad de las mujeres supera al registro estadístico, y lucha por vencer la desatención de la sociedad y el Estado, se presentan tres historias de vida. Relatos que muestran cómo la violencia intrafamiliar y de pareja no es un simple acontecimiento, sino una concatenación de hechos y circunstancias que rodean y marcan la existencia de estas mujeres. Historias que buscan develar detalles íntimos del sufrimiento y del dolor causado por un flagelo generalizado y casi ‘aceptado’ por la sociedad, la cual debe reconocer y apropiarse la problemática para abordarla y ojalá, superarla en todas sus manifestaciones. Para proteger las identidades de protagonistas y familiares, sus nombres, y lugares de la ocurrencia de hechos, han sido modificados.

MADURANDO BICHES

La voluntad es lo que MÁS cuenta



Foto: Jaime León

Luz* es una mujer con 27 años de edad. Chiquita, de un metro y medio de estatura, con mejillas color rosa y diminutas pecas. Ella responde por cuatro hijos, todos menores de edad.

Es la última niña entre sus hermanos, y desde muy pequeña cumplió con labores del campo: ordeñar, arar, sembrar y, además, responder por la comida de obreros en la finca de sus padres... con tan sólo cinco añitos. “Yo ya realizaba todas las labores de campo. O sea, ya sabía de todo, porque ya me tocaba asumir un rol de adulto”, señala con resignación, mientras se encoge y mueve de un lado para el otro su cabeza, entre sus hombros, quizá rechazando la situación que vivió.



Conoció los deberes de madre a los siete años, debiendo cuidar y responder por el hijo de su hermana mayor. También se familiarizó con la violencia sexual a la misma edad: su tío se aprovechó de ella. Con un profundo dolor, confiesa que también fue abusada por su hermano mayor.

Respecto de este tipo de violencia, el psicólogo Carlos Perdomo, especialista en psicología jurídica y forense, afirma: “En abuso sexual, la mayor incidencia son los familiares y las personas conocidas de los niños”. “Los efectos psicológicos de una violación a temprana edad son abrumadores. Hay muchas niñas que van a intentar suicidarse... se pueden presentar problemas escolares o de conducta”, refiere el experto.

A pesar de la situación, Luz* prefirió guardar silencio: “Yo nunca le conté a mis papás, porque no me nacía decirles y no quería preocupar a mi mamá, porque mantenía muy enferma”, dice acongojada.

Con apenas nueve años se fuga de su hogar, huyendo no solo del abuso sexual, sino también de un ambiente conflictivo, propiciado por sus hermanos y la indolencia de sus propios padres. Por un año desempeña actividades propias de la agricultura en varios municipios del departamento de Boyacá, para luego ubicarse en varios hoteles y restaurantes.

Es denunciada por trabajar y termina bajo la custodia del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (I.C.B.F.). Sus padres la recogen, para luego huir a los 15 días: “Yo ya no podía estar en la casa: yo ya sabía sobrevivir y cómo era el mundo”, dijo Luz* con un dejo de orgullo, sin dejar su constante mirada distante y fija.

Poco después de cumplir 14 años, viaja a Bogotá. Trabaja cuidando una anciana, y luego realiza labores varias en casa de una maestra. Pasados algunos meses, uno de sus hermanos mayores le propuso laborar con él, vendiendo jugos. Luego de renunciar a su empleo, se dio cuenta que las promesas de su hermano fueron falsas: debía trabajar por un salario de miseria, y que prácticamente no le alcanzaba para los transportes.

Una noche, luego de rogar a su hermano que le pagara dos mil pesos, Luz* protagoniza uno de los episodios más duros de su vida: “No recuerdo qué pasó. Yo me despierto al otro día, como a las 3 de la tarde en un hotel: me habían violado”, recuerda, mientras trata de mantener un tono casi inexpresivo, como ocultando el ‘shock’ de aquél instante.

Luego de conocer su embarazo, vuelve a casa de sus padres y un mes después del nacimiento de su bebé, queda huérfana de madre. Cuando el pequeño tiene un año, es infectado con leishmaniasis, lo que deriva en un largo trasegar por varios centros asistenciales, siendo incluso desahuciado. En este doloroso trance conoce a Samuel*, quien le ofrece ayuda para salvar a su hijo, viajando a los Llanos Orientales, donde era conocido que nativos ‘rezaban’ o tenían algún tratamiento para la enfermedad del niño.



Durante este tiempo, laboran como ‘raspachines’ e inicia una relación de pareja, no propiamente consentida: “Me decía que la mujer tiene que cumplirle al hombre: que tienen que ser pareja”, recuerda con sin sabor, mientras estira sus comisuras en un gesto contenido.

Vuelven a Bogotá a vivir en la casa de su suegra, pero la tensión crece al no tener trabajo y de allí proviene el abuso del licor, y de la mano de él, las primeras agresiones verbales y físicas. “Se perdió el respeto”, acota Luz*, evidenciando una clara afectación por esta circunstancia.

Luz* y Samuel* se independizan, y viven en varios lugares, desarrollando diferentes actividades. Alcanzan a convivir seis largos y difíciles años, donde los golpes y las amenazas contra la integridad y la vida de Luz* serían las principales reglas. Durante este tiempo, nacieron dos niños más.

La persistencia es lo que MÁS cuenta

Definitivamente citadina, Adela* protagoniza la segunda historia. Tiene 51 años, siendo una persona desbordante de energía: muy delgada, con un metro sesenta de estatura, ojos vivaces y cabello negro y liso. También es la orgullosa madre de tres hijos y abuela de dos niñas.

Enfrentó la vida desde muy temprano, ya que su madre llevaba una vida azarosa, con un trabajo sumamente exigente, que no le permitió dedicarle tiempo a su hija. Adela* destaca su carencia de recursos, además de comentar que su mamá era sumamente grosera y no se preocupaba por sus condiciones de vida: “Se iba y ‘mire a ver qué hace’”, acota con menosprecio.



Foto: Jaime León

De esta manera conoce muy temprano la violencia verbal y psicológica, prácticamente desde que tiene conciencia: “Le fui cogiendo rabia a ella (madre). Llegó el momento en que yo no la quería ni ver”: Esta situación la lleva a abandonar a su mamá e irse a vivir en repetidas ocasiones con su tía Olga*, en un pueblo ubicado a unos 100 kilómetros de Bogotá. La última vez fue a los 11 años.

El abandono en la niñez es una característica común en las mujeres que sufren violencia. Al respecto, el psicólogo Perdomo afirma: “Hoy día, si los padres no



prestan esta protección, pues toca ubicarle en Colocación Familiar, (...) y si no se encuentra en redes familiares, ponerla en Protección”.

En casa de su tía Olga*, si bien se sentía querida, recibía obsequios y había en sus palabras, “calor de hogar”, Adela comenta que se sentía explotada: “Siendo una niña de 8– 9 años, me ponía a hacer un almuerzo... para cocinarle a 9 o 10 personas”.

A pesar de afrontar y compartir una existencia difícil, junto a sus tíos y primos, Adela* lleva una vida más tranquila hasta los 13 años, cuando conoce a William*, quien tras solo tres meses de noviazgo, se convierte en su esposo.

“Cuando me casé, fue porque quería huir de toda esa situación. Quería buscar otro modo de vida, no porque estuviera locamente enamorada”. Y agrega, como reflexionando sobre el tema: “Me voy con este tipo, o simplemente no sobrevivo...”, dice con algunas lágrimas en los ojos y la voz entrecortada.

“Era un hombre muy guapo: era un hombre estilo gringo”, recuerda Adela* mientras se sonríe y acto seguido, languidece su rostro, tras dimensionar todo el dolor y desilusión que le causó buscar una pronta salida a su realidad, y escoger un hombre diez años mayor que ella, y en extremo celoso, posesivo y dominante.

Durante su luna de miel en el Eje Cafetero, le resultó vedado compartir con chicas de su misma edad. Jugar, saltar y trepar fueron actividades prohibidas para una pequeña de 13 años, porque “me decía que yo era una señora, y que yo tenía que portarme como tal”.

Esta situación fue empeorando con el tiempo, porque Adela* permanecía prácticamente encerrada en su residencia. “Lo que era el almuerzo, el desayuno... todo lo traía, para evitar que yo saliera. Hasta dejaba de ir a trabajar por vigilarme” señala con el rostro adusto, transmitiendo la insatisfacción de la inacción pasada.

Luego de dar a luz a su primer bebé, tuvo la intención de poner fin a su relación, porque se había tornado sumamente violenta. Sin embargo, *no lo hizo*. Poco después, queda embarazada de la segunda niña, y *tampoco tomó acciones efectivas*. Por el contrario, se da cuenta de que “No había remedio, porque uno siempre trataba que él cambiara... y mentiras, no cambiaba”. Menos de un año después, queda embarazada de su tercer hijo, un varoncito que sería su último hijo. Era 1981, y tras un aparente conformismo, toma la decisión de buscar una solución al respecto: “Pero no es una resignación pasiva, sino una resignación preparatoria”, anuncia con sorna.

Tener las ganas de salir adelante y superar todas las situaciones y el contexto que les sofoca es una decisión trascendental en estos casos, opina el psicólogo Carlos Perdomo. Paralelo a ello, afirma que es responsabilidad de los psicólogos “generar esa motivación a la persona y trabajar la autoestima”.



Llega a la conclusión de que debía estudiar, porque era una niña: “Era muy jovencita todavía... Y no tenía ninguna preparación... para la vida. Yo decía, ‘me separo, ¿y qué?’ Me voy para una cocina, ¿a qué? ¿A lavar platos? Y mis hijos, ¿qué?” Así, la educación se torna en una prioridad para su vida. A pesar que William* hizo hasta lo imposible por impedirlo, se gradúa del colegio principalmente gracias al programa *Bachillerato por radio*, transmitido hasta el año 2004 por la Radio Nacional de Colombia. También adelanta múltiples cursos y estudios –como en Naturismo y Botica Comunitaria-, obteniendo primero su título como Técnica en Preescolar.

Luego de una ruptura temporal, Adela* estudia Licenciatura en Educación Preescolar y recibe su grado en 1994. Vuelve al hogar común, con la condición de que William debía dejarla trabajar y estudiar. La dicha duró poco menos de un año, y las dificultades se hicieron nuevamente presentes, empeorando a lo largo de los años –incluso con sus hijos-, lo que lleva a la ruptura definitiva de la pareja.

La fortaleza es lo que MÁS cuenta

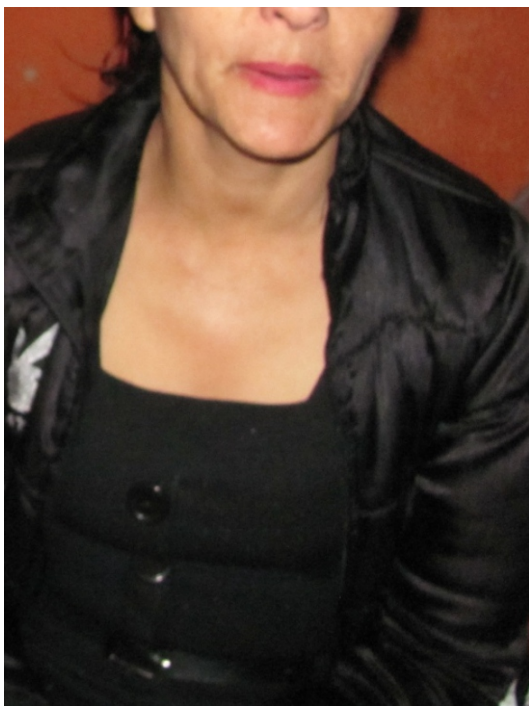


Foto: Jaime León

La tercera y última historia es la de Susana*, quien tiene 48 años de edad. Es de talla media, con cerca de metro sesenta y cinco de estatura, de mirada y sonrisa coqueta... de carácter explosivo, pero de creencia religiosa arraigada. Madre de 14 hijos.

“Cuando era pequeña, mi padre compró un solar... y se daba el tomate, la yuca, la malanga, el cebollín, mango de azúcar y chancleto, tamarindo, naranja...” señala, mientras levanta y gira de perfil su cabeza, y su mirada se elevaba al interior de la única y pequeña habitación, de su pequeña morada. “Yo trabajaba no porque me obligaran, sino porque me gustaba ayudarle a mis padres... ¡!” dice orgullosa, mientras se dirige a su pequeña hijita Betty*, la más chiquita de todas.

De pequeña, solo conoce la violencia por el bipartidismo de la década de 1960 y 1970. En el campo, estuvieron en el medio del accionar de actores armados: “En ese tiempo no era guerrilla, sino chusma. Los llamaban los chusmeros”, dice entre broma y el miedo que sufrió en su infancia.



Su vida cambia por completo a los 11 años, cuando le detectan cáncer a su madre. Este padecimiento los obliga a vender los terrenos que poseían para trasladarse a Bogotá, buscando una oportunidad de vida para su mamá.

Luego de la mudanza, la calidad de vida decae: su padre se ve obligado a emplearse como vigilante al norte de la ciudad, mientras empeoraba la condición médica de su madre y ella, junto con sus hermanos, no podían desarrollar actividad productiva alguna.

Tras el fallecimiento de su madre en 1980, Susana* y sus hermanos buscan apoyo espiritual y comienzan a asistir a una iglesia. Allí, por poco resulta abusada por el pastor de la congregación: “Él me cogió a la brava a besarme, detrás de la casa. Yo le decía: ‘¿¡A Usted qué le pasa!’ ‘No, porque yo le digo a la hermana Cecilia’, que era la esposa, y así pasó: La esposa lo cogió a piedra... lo cogió a piedra ahí de La Estrella al Tesoro”, comenta con tono contundente, que evidencia su desilusión, dada su ferviente creencia religiosa.

Para ese entonces, su padre continuaba laborando como vigilante y había adaptado una pequeña tienda de abarrotes, en la caseta que le habían asignado, donde ella lo visitaba constantemente. En alguna de estas ocasiones es invitada por clientes de su padre a un almuerzo, donde conoce a Fernando*, siete años mayor que ella, y al servicio del Estado como policía. En pocos días, entablan una relación formal, y tras menos de dos meses, llegan a convivir y a establecer su primer hogar. Al respecto, señala con dolor intenso: “Yo no sé... uno fuera a saber que son... guaches y esto y lo otro, pues uno no se embala con ellos”.

Susana* se convierte en madre a sus 15 años. Frunciendo un poco el ceño, y llevándose la mano derecha al rostro, para formar una pistola con sus dedos pulgar e índice, asegura que los celos de Fernando* se tornaron enfermizos, y aumentaban cada vez que nacía un nuevo hijo.

“Él me daba muy mala vida: un tipo muy celoso, obsesivo. No podía tener una amiga, porque me traía razón del amante: porque ‘yo tenía amante’. Si no podía tener amiga, mucho menos un amigo...”.

Su vida era difícil y con muchas limitaciones. A pesar de ello, concibe prácticamente un hijo por cada año y medio de convivencia con Fernando*, alcanzando nueve niños.

El psicólogo Carlos Perdomo reconoce la dependencia económica, la falta de autoestima y la carencia o limitado proyecto de vida, como factores determinantes a la hora que se presenta la violencia y el reto para buscarle una solución o salir de ella.



VIOLENCIA MANIFIESTA

*“Él siempre le tiraba más duro al niño grande, porque no era hijo de él”: Luz**



Luz* vivió la mayor parte de su vida presa de sus miedos / Foto: Jaime León

Jamás amó a Samuel* y por el contrario, solo estuvo con él por las permanentes amenazas y el miedo que le producía llegar a pensar que ella o alguno de sus hijos muriera, señala Luz*, agitada. “Me decía que me iba a matar”, pronuncia con expresión de terror: su rostro fijo, frunciendo el ceño, inclinando lentamente la cabeza a la derecha y dirigiéndola sutilmente al frente, refleja en su mirada el pavor que sentía en aquél entonces.

Samuel* comienza a agredir a los niños, inicialmente al primer hijo de Luz* y luego al primogénito común, Federico*: con tan solo un mes de nacido, casi fallece a manos de su padre, quien lo golpea en repetidas ocasiones. La violencia que vivencia Luz*, a partir de este momento, también fue reiterada. Por lo menos cada ocho días, existía una riña en su hogar.

Según el psicólogo Perdomo, en una familia violenta hay un riesgo latente: “Hay ‘tips’ desde pequeños, que los padres violentos le dicen a los niños: ‘Es que yo te pego... porque te quiero mucho’: Ahí se puede generar una impronta, un daño psicológico en mezclar la violencia con el afecto, con el amor”, afirma.

El embarazo del tercer niño también es mediado por la violencia constante, tanto física como verbal. Incluso, llegó a amenazarla con remover el feto de su vientre con un cuchillo de cocina. En el séptimo mes, Samuel* lanzó a Luz* por las escaleras de la fábrica en la que laboraban, para luego ser ‘rematada’ con múltiples golpes con una chapa de cinturón. La violencia de este período culmina en una amenaza de aborto y una incapacidad por el resto de la gestación.



Eutimio* recuerda la relación de Luz*, su hermana mayor, con Samuel*: “Eso era... sólo pelea, porque él... es muy humillante y le gustaba reñir. Le gustaba mucho la bronca y conmigo tuvo muchos problemas”, contaba mientras se transformaba su rostro y arrugaba el ceño. El rechazo de su hermano también refleja el sentir de toda la familia de Luz*, la que siempre condenó su relación con Samuel*.

Cuando su tercer niño tenía dos años, se genera un cuadro violento a partir del cual, Luz* considera seriamente la posibilidad de suicidarse, porque cree que su vida no tenía sentido y tampoco sería capaz de velar por el bienestar de sus hijos. “Me arrastró por la casa, del pelo”, expresa, mientras recuerda el intensísimo dolor que vivenció, mientras toca su nuca con la mano derecha y la fricciona, tratando de aminorar un dolor que ahora solo es mental. Esa noche, toma a los tres niños que tenía en ese momento y los entrega a una de sus hermanas, que vivía cerca de su residencia. “Si no vuelvo, se los encargo. No se los vaya a dejar a él por nada del mundo”, evoca Luz* con tal impotencia y desilusión, que solo puede ilustrarse de un modo: cómo una madre se despidió de sus hijos, camino a una muerte segura.

Luz* intenta suicidarse, buscando ser arrollada por un carro, pero el conductor era un amigo de Samuel*, Jorge*, quien pudo observar su estado físico, que revelaba el reciente conflicto: múltiples laceraciones y hematomas en gran parte de su cuerpo. Después del hecho, así como en encuentros posteriores, Jorge* la invita a reflexionar acerca del sentido de la vida y de su responsabilidad como madre de tres criaturas.

La dignificación de su situación, la muestra de comprensión y la apertura al diálogo, ninguna de ellas presentes en su relación con Samuel*, permitieron que se generara un amorío con Jorge* -que duraría más o menos un año-. Durante esta relación pasajera, fue concebido el último hijo de Luz*. Su relación con Samuel* se mantiene durante el vínculo clandestino con Jorge*, quien rompe la relación al saber del embarazo. Samuel* sólo sabría tiempo después que éste último niño no era hijo suyo.

La ruptura definitiva de la relación de Luz* con Samuel* se produce en el 2013, luego de que Samuel* se fugara con los cuatro niños, tras iniciarse los exámenes médicos para establecer el posible abuso sexual de uno de los pequeños. Los padres denunciaron ante el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (I.C.B.F.) la situación, donde se señaló como responsable a un adolescente del barrio donde habitaban. La desaparición de sus hijos, también fue denunciada por Luz* ante las autoridades.

Los niños son recuperados casi en estado de indigencia –los encontraron descalzos, sucios y cubiertos por plásticos–, por la comisaría de familia de un municipio del Departamento de Boyacá. Esto genera un proceso de restablecimiento de derechos para los pequeños, que fueron puestos bajo protección del Estado y solo fueron devueltos a su madre, luego de que ella



ingresara a una Casa Refugio. Los chicos fueron entregados tras la vinculación efectiva de Luz* al programa, y gracias a ello, a la capacidad de brindarles seguridad, tranquilidad y abrigo, los que no estaban garantizados si Luz* continuaba su convivencia con Samuel*.

Para ingresar a una Casa Refugio, programa de protección del Distrito Capital, en cabeza de la Secretaría Distrital de la Mujer de Bogotá D.C., se deben cumplir con algunas condiciones, como lo anuncia la abogada especialista en Derecho de Familia, Paula Bernal: “que la persona lo solicite, no tenga red de apoyo y sienta que su vida está corriendo riesgo o esté en un peligro grave e inminente al vivir con el agresor, y no tenga ningún recurso económico con el que se pueda soportar a sí misma y/o a su familia”.

Luz* tomó distancia de Samuel*, principalmente porque lo considera un “psicópata”. También reconoció y tomó conciencia de los miedos que desarrolló frente a él. Tiene claro que sus hijos estuvieron en grave peligro por su falta de diligencia, porque Samuel* sería sospechoso de actos sexuales contra sus niños: las áreas de psicología y pedagogía de la Casa Refugio encontraron, previo al egreso de Luz*, señales de conductas sexualizadas, no acordes a la edad de los hermanos e indicativas de un posible abuso sexual.

Un elemento que media en la tolerancia o sumisión ante la violencia es el miedo, pánico e incluso terror, que se llega a desarrollar frente al agresor, confirma el psicólogo Carlos Perdomo. “Hay que mirar el grado de peligrosidad del sujeto”, acota el profesional.

“Creo que no me pudo matar, porque los niños se despertaban”: Adela*



Sus brazos muestran lesiones permanentes por la violencia / Foto: Jaime León



Adela* recuerda un suceso ocurrido en 1977, con algunas lágrimas en sus ojos: “La primera vez me dio una bofetada, que fue la primera y la última vez que me dejé ‘tocar’ la cara: me reventó la boca. ¿Por qué? Porque vino mi tía de Faca* y yo la acompañé a hacer una vueltas” anuncia, mientras muerde sutilmente su labio inferior y recordaba que estaba embarazada de su primera hija.

Poco tiempo después, en un arranque de ira, William* rocía gasolina sobre ella y tuvo intención de quemarla, impidiéndoselo la propietaria del inquilinato donde residían. Adela* rememora la reacción: “¿Este desgraciado quiere matar a la china? Si la quiere matar, mátele allá afuera, pero aquí no: Aquí la casa me la respeta”. Meses después y embarazada de su segunda hija, William* la amedrenta con incendiarse a sí mismo, solo porque ella buscaba salir del encierro al que estaba sometida.

Las continuas amenazas se tornaron rutina, y los cuadros de dominación por la fuerza, son la constante en su convivencia. La corpulencia de William*, derivada de su trabajo permanente en la central de abastos, vencía constantemente los esfuerzos de Adela* por liberarse de diferentes asaltos, que se podían presentar casi en cualquier momento, pero de preferencia en las horas de la madrugada, con presencia de alcohol o no.

Recuerda que en su vecindad no había acueducto, y por el contrario existía una mafia que controlaba el flujo del agua a través de una manguera, y que ella y solo ella, era la responsable de recoger el preciado líquido para su familia: “Cuando volvía y me acostaba, el tipo no me dejaba dormir: me apretaba el cuello, me rompía la ropa interior, me volvía una nada... Me ponía el pie acá (señala su cuello). Se volvió frecuente que intentara ahorcarme. Agredía a las niñas y al niño”, señala Adela*, mientras sollozaba y mostraba su impaciencia ante tales hechos. También recuerda que para amedrentarla, tomaba un cuchillo o un machete, y empezaba a afilarlo con actitud amenazante, mirándola fijamente e indicando una posible acción con el arma corto punzante.

El psicólogo Perdomo, comenta que los problemas entre la pareja pueden tener un origen sumamente profundo y antiguo, no solo ligado a la convivencia, sino también a factores personales, sociales, culturales, económicos y demás. En este sentido, “La mayoría de las agresiones tienen sus raíces en un conflicto anterior. Pueden ser inmediatamente anteriores o no”.

Las acciones violentas ocurren generalmente en la intimidad del hogar, y William* cuidaba su imagen como lo recuerda Hernando*, amigo de vieja data de Adela*: “Él no nos buscaba problemas a los demás. Era a ella directamente”, dice mientras sostiene su brazo derecho formando un ángulo de 90 grados. Su mano derecha permanece rígida y entreabierta, fija, y movía su tronco significando la posición prudente que decidió guardar, a pesar de su inconformidad con las situaciones que vivenciaba Adela*.



Sin embargo, los problemas trascendían a la escena pública: golpes en lugares poco visibles, empujones, pellizcos y arañazos eran pan de cada día en la relación de William* y Adela*. Ella, como una dama, hacía hasta lo imposible por guardar la compostura: “Trataba de no hacer escándalo, porque es muy feo hacer algarabía en la calle”, dice.

Estas acciones parten de una situación subyacente: los celos enfermizos de William*, quien no respetaba en lo más mínimo la independencia de Adela*. Tanto así que la perseguía, como evoca Hernando*: “Ella salía por ahí: se iba a estudiar y él detrás a seguirla: Eso era grave. Un día me invitó: Adela* estaba estudiando en la Academia Arango, que queda o quedaba ahí en Santa Lucía, y me dijo: ‘Camine, vamos’... pero él no me dijo que era a esperarla a ella. Yo me fui con él, cuando de pronto llegamos ahí y me dijo: ‘Ya debe estar por salir’. Pero, ‘¿cómo así?’ Estaba desesperado porque no salía... Y bravo, porque no salía. Ahí estuvimos un buen rato, hasta que salió. Estaba bravo... enojado, por los mismos celos”, dijo con extrañeza, propia de un hombre que no entiende y no asimila la idea de desconfiar del ser amado, luego de más de 30 años de matrimonio con su esposa.

Los hijos de Adela* tuvieron que crecer viendo a su padre protagonizar comportamientos de violencia física, psicológica y sexual contra su madre, hasta llegar a ser también víctimas directas: golpes con los puños y el cable de electrodomésticos, entre otros. En diciembre de 1994, cuando su hija mayor fue víctima de azotes con cable de plancha por parte de William*, su niña le manifestó: “‘Mamá, si mi papá sigue así, yo me voy de la casa’”. Adela* señala: “Yo hablé con él, le expuse y le dije: ‘Mira, tú te estás portando nuevamente muy mal. Es cierto, no me has vuelto a agredir físicamente, pero... estás agrediendo a mis hijas y ellas se van a ir... y yo no quiero que eso ocurra, porque son muy jóvenes’”.

Pasadas las fiestas decembrinas, y a escasas semanas de haberse iniciado el año 1995, William protagoniza un episodio que marca la ruptura definitiva con Adela*, ya que la golpea a ella y a sus dos hijas brutalmente, hiriendo significativamente a una de ellas. El incidente se inicia luego de que William* moviera duramente y a propósito el camarote donde su hija mayor se pintaba las uñas. Su hija responde de modo inapropiado y William* la golpea en varias ocasiones, hasta que la lanza al piso, desde el segundo nivel de un camarote. Adela* trata de contenerlo, abrazando su pecho... pero la vence y arrastra. La niña mayor logra salir corriendo, pero tras el anuncio de su hermanita, de que su padre iba a buscar el machete, William* la emprende contra la segunda niña, abofeteándola fuertemente en repetidas ocasiones. Adela* interviene nuevamente, logrando dar espacio para que la pequeña se escabullera, pero en vez de huir, Jessica* busca en la sala un gallo de porcelana, que segundos después despedaza en la cabeza de su padre. Adela* recuerda ese momento con angustia: “De ahí en adelante, no vi a la niña: vi a una fiera”.



William* persigue a sus hijas por las calles de su vecindad, con machete en mano y amenazándolas de muerte, tanto a las niñas como a Adela*: “Si se me arrima, la mato”, rechazando cualquier posible intervención de la madre en favor de sus hijas. La persecución, la intimidación y los alaridos se extienden por varios minutos y por algunas cuadras de la vecindad, tras lo cual el padre vencido y dolido en su dignidad vuelve a casa, y descarga toda su frustración e ira en la madre protectora. “Es una guerra de conflictos, pero también es una guerra de poder”, comenta el psicólogo Perdomo, respecto a este tipo de situaciones. Las niñas amanecen en casa de un par de amigas de Adela*, donde fueron cuidadas y curadas de las diversas laceraciones y golpes que sufrieron.

A pesar de esto, y de los incontables episodios violentos, su hija mayor siempre mostró preferencia por su padre: “Él se la compraba, para que le dijera todo lo que yo hacía... y ella estaba a favor de él... Era una niña, complicada...: me hacía pegar de él”, evocaba mientras se refiere a que la reacción violenta del padre era indistinta, así su hija mintiera solo por congraciarse con su papá, o por vengarse con su madre por haberla obligado a cumplir con sus deberes.

“Es usual que algún hijo reconozca y acepte el modelo del agresor, porque pueden llegar a considerar que la mamá es débil, que no los va a sacar adelante”, señala el psicólogo Carlos Perdomo.

*“Cogió y me dio una tunda en dieta... Casi me mata”: Susana**



Susana* celebra con su familia el babyshower de una de sus hijas/ Foto: Jaime León

Fernando*, su primera pareja, la sometía permanentemente a la violencia, principalmente física, ya que era un hombre tosco, obsesivo y dominante: “Él me pegaba por todo y me celaba... me llegó a celar con mi propio padre y hasta con su papá, mi suegro”, evoca Susana*, mientras giraba su cabeza de izquierda a derecha, negándose a reconocer que estuvo sujeta a esta situación... y que la resistía.



“Éste señor, me cogía a las malas: me violaba, a la fuerza. ¡Me violaba!, y si no quería estar con él, entonces me cogía y me pegaba”, recuerda Susana*, respecto de otra faceta de su ex pareja... con lágrimas en los ojos, enseñando y cerrando su puño izquierdo.

Poco después, recuerda un episodio que pudo haberle costado la vida a uno de sus hijos, o a ella misma: “Él llegó de noche y yo tenía los dos gemelos alzados. Cogió un cuchillo y me lo tiró. No respetó que yo tuviera a mis bebés... y lo ensartó en el sofá. Él me lo tiró así, hacia el pecho. ¿Qué tal que hubiera matado a uno de sus hijos?”, dijo en tono ofuscado y de confusión.

Su relación estaba erigida en la férrea convicción de que la familia es el elemento y valor fundamental de la sociedad, y que la misma debía tolerar y superar cualquier situación, pudiendo romperse únicamente por la muerte. “Eso pesa mucho en las creencias y en el imaginario de las personas...”, indica el psicólogo Perdomo, refiriéndose a la mala comprensión de la institución y que deriva en la sumisión y resignación de muchas mujeres, lo que les impide reaccionar efectivamente a la violencia.

Una noche, mientras sus hijas mayores hacían la comida, y pelaban papas criollas, Fernando* pretende darle una patada en su vientre y la llena de coraje: “Yo tengo 28 años y qué me pasa... ¡No, no más! Le rapé el cuchillo a mi hija y ‘¡Ya no más, perro hijxxxxxx’ y cogí y ¡Pa! (señala corte sobre la mejilla, próximo a la boca). Tiene como centímetro y medio: Lo rompí. Y vuela un chorro de sangre”, evoca vívidamente Susana*, mientras su rostro se transfiguraba y daba a entender que revivía aquél instante, llenándosele los ojos de lágrimas.

Esta situación marca la fractura en la relación de Susana* y Fernando*, aunque por mutuo beneficio convivirán 2 años más. Susana permanece sola por 2 años, hasta que inicia una nueva relación con Elmer*, quien luego de un corto galanteo, termina por obligarla a vivir con él. ¿Su estrategia? Aprovecharse de su confianza, y en vez de transportarla a una casa-lote que había arrendado, lleva el trasteo a su finca, donde le asigna un cuarto para ella y sus hijos.

En este segundo período, la violencia vivida por Susana* fue principalmente de tipo psicológico, ya que el trato y la convivencia eran sumamente conflictivos: “Cuando él llegaba borracho, me trataba asquerosamente...: de ‘Prostituta’, de ¡Usted tiene amante!, de ‘¡Usted se me larga de aquí!’” dice Susana*, mientras estira rápidamente su brazo derecho, así como su dedo índice.

Se debe precisar que “En la violencia intrafamiliar cabe lo que son agresiones físicas, verbales, psicológicas, amenazas, agravios, humillaciones, ultrajes, insultos, hostigamientos, molestias, o provocaciones tanto de modo físico como psicológico”, asegura la jurista Paula Bernal.



Durante la relación, de permanente trato desobligante y que se extiende por 12 años, engendran cinco hijos, todos menores de edad en la actualidad. Luego, Elmer* se pierde por un período de cerca de dos años, tras del cual retorna a la finca-cabaña, pretendiendo hacer valer sus derechos como hombre de la relación, buscando obtener favores sexuales: “Trataba de convencerme, para que me acostara con él. Y me acostara a la brava con él. La verdad, sí estuve con él... pues sí, después de tanto problema y todo... ¡Ushhh! Yo estuve con él”, recuerda Susana* con desagrado..., quizá más bien con repugnancia.

Ahora bien, sus hijos fueron testigos y víctimas de esta situación, sobre todo los descendientes de la primera unión. Así lo recuerda uno de sus hijos en común con Fernando*: “¡Lo que nosotros vivimos con mi papá y mi mamá fue terrible! Y nosotros veíamos muchas cosas en mi papá, que yo no le hallo hoy la razón. ¿Por qué está solo? ¡Por machista, por guache!”, señala dirigiéndose a una de sus hermanas. Visiblemente alterado, acentúa prácticamente cada sílaba, demostrando su total indignación y rechazo.

La ruptura de Susana* con Elmer* se da por la violación de Karla*, hija menor de la primera unión, a manos de éste. “Yo estaba pariendo en el hospital de Kennedy, mientras me estaba desangrando, él la...”, enuncia Susana* con absoluta rabia, con un tono rotundo, seguido de un silencio... porque pierde momentáneamente su aliento. Ella se entera años después de lo ocurrido, tras lo cual toma cartas en el asunto, dejándolo y denunciándolo.

Al respecto, la abogada Bernal precisa: “Existe el deber ciudadano y legal de denunciar el maltrato y cualquier situación que altere o interfiera con el desarrollo de los menores”, como lo hizo Susana* frente a la vulneración de su hija Karla*.

“Él me busca, para que lo perdone... ¡no!: yo lo demandé por la Fiscalía: él tiene una denuncia tremenda”, dijo con absoluta propiedad. Poco después, evidenciando su ferviente creencia, enuncia: “Uno le deja todo a mi Diosito”, tras lo que anuncia que desconoce el estado actual del proceso o qué ha ocurrido con el mismo, porque han pasado años tras el incidente y su denuncia.

Reflexionando sobre la experiencia con sus parejas, Susana* afirma: “¡Ah! Es que uno, de por sí es bien estúpido cuando está joven: se deja convencer...”, mientras reflexiona respecto de lo que habían sido sus relaciones afectivas, y condena su pasividad y exceso de temores.



DESPUÉS DE LA TEMPESTAD, VIENE LA CALMA

Tiempo, su prioridad

Luego de ser beneficiaria del programa Casa Refugio, Luz* enfrenta el mundo sola por sus cuatro hijos. Se levanta desde las 4 de la mañana y se acuesta entre 10 y 11 de la noche. Ésta decidida mujer labora en una institución educativa distrital, sin contar con ayuda alguna por parte de Samuel*, y solo esporádicamente de Jorge*. Trabaja de lunes a lunes en labores de cocina, y solo descansa algunas horas los domingos, día en el que también realiza los quehaceres hogareños.

Luz* fue beneficiaria del Sistema Distrital de Protección Integral a las Mujeres Víctimas de Violencia (SOFIA), dada su permanencia total de seis meses en la Casa Refugio, programa que encabeza la Secretaría Distrital de la Mujer. Sobre la atención a las mujeres violentadas, Rocio Veloza, funcionaria de la Secretaría de Integración Social, refiere: “Al llegar una víctima, inmediatamente activamos la ruta de atención, la cual podrá tomar diferentes caminos según las situaciones que se evidencien, pero todo en el marco del restablecimiento de sus derechos y por supuesto, en aras de hacerle un seguimiento a la víctima”.

Luz* vive independientemente hace más de un año, y a pesar de la dificultad, no le faltan fuerzas para seguir luchando. Recuerda que su experiencia en la Casa Refugio le dejó varias enseñanzas: “Valorarme a mí misma, tener un proyecto de vida, creer en que voy a salir sola adelante, sin que nadie me esté controlando la vida”, dijo sin titubeo, mostrando un rostro decidido. También le transmitió la necesidad de administrar mejor su tiempo y dedicarle el suficiente a sus hijos. Se mostró consciente, de que laborar en jornadas muy extensas, no es justo con ellos ni con ella misma, por lo que desea buscar un trabajo que le permita dedicarles tiempo a ellos, “porque existen empleos de medio tiempo”, asegura.

Sueña con terminar sus estudios, porque sus padres sólo le brindaron hasta tercero primaria, pero ella validó y alcanzó el séptimo grado. Desea ser profesional, bien en Contabilidad y Finanzas, o Administración de Empresas. Además, desea que sus hijos sean profesionales, ojalá “doctores”: “Brindarles todo el estudio que yo pueda darles, para que ellos nunca pasen por lo que yo pasé”, dijo tajante, concluyendo la frase con una pequeña, pero significativa reverencia.

Libertad, el lema

Luego de separarse, Adela* estudió su segunda carrera, Licenciatura en Artes Plásticas y ha disfrutado la actuación en teatro en varias ocasiones. De hecho, recuerda con gusto los periplos que desarrolló por un par de departamentos de la



geografía nacional: “Con mis compañeros de teatro, cuando llegamos allá, era toda una aventura: ¡pasamos muy rico!”, evoca con una sonrisa dibujada sutilmente en su rostro, trayendo a memoria también que, durante ese período, como no tenía una estabilidad en sus ingresos, se ayudaba con la venta de elementos varios, como películas y música en CD o DVD.

Actualmente, es contratista del Estado y se dedica a la capacitación de familias en condición de vulnerabilidad, actividad que combina con algunas ventas: artículos varios, como linternas o llaveros; y artesanías o manualidades, como mandalas, aretes, pinturas y muñecas, hechas de amero de mazorca. También se ha presentado a concurso de competencias docentes, para vincularse al Magisterio y alcanzar mayor estabilidad laboral.

Las aspiraciones frente a sus hijas prácticamente están realizadas: sus niñas, son profesionales e independientes, Incluso Jessica*, su segunda hija, cursa estudios de maestría. Ambas son madres de hermosas bebés, y cuentan con una pareja estable, con quien ha progresado económicamente. Respecto de su hijo, la situación es un poco diferente: si bien labora en actividades varias, y cuenta con una pareja estable, no terminó su secundaria y nunca quiso continuar estudiando, y se mantiene a la sombra de su padre... viviendo incluso, bajo el mismo techo.

Sueña con terminar de construir su casa, quizá con tres pisos, reservando uno para su vivienda y arrendando dos. Su vivienda la edificó en un lote que pudo adquirir gracias a un crédito del Fondo Nacional del Ahorro. Contando con el ingreso de los arriendos, “Me gustaría tener una tienda de disfraces... y artesanías. Desearía tenerla, aunque sé que eso no deja mucho. Aspiro a eso... o una ferretería”, insistiendo alegremente en el hecho de que su alma es libre y creativa por naturaleza. Por último, no descarta la posibilidad de adelantar más estudios, quizá alguna especialidad o maestría, aunque es consciente que sus recursos económicos son por el momento, limitados.

Superación, el anhelo

Tras el distanciamiento de Elmer*, su segunda pareja, Susana* rentó un pequeño apartamento, de una habitación, una pequeña cocina, una diminuta zona de ropas, un baño y un reducido depósito. Su vivienda es oscura y de escasa ventilación, porque es en realidad un local comercial, ubicado en el primer piso de una edificación de cuatro niveles. Allí, vive con los cinco pequeños hijos de su segunda relación, y con la menor de sus niñas de la primera unión (Karla*), quien hace pocos meses también dio a luz a su primer hijo.

A pesar de contar con más de 8 años de experiencia como operaria de diferentes máquinas de confección, y haberse desempeñado en diferentes oficios propios de una sala de belleza durante 2 años, no ha conseguido ubicarse laboralmente de



modo estable. Sus ingresos son insuficientes, ya que no cuenta con un trabajo permanente y actualmente labora algunos días a la semana en tareas domésticas, con diferentes jefes. Recibe ocasionalmente ayuda de alguno de sus hijos adultos y de Elmer*, quien no responde cabalmente por los alimentos de sus hijos menores.

Sus sueños están orientados a la obtención de una vivienda propia, derivada de su trabajo y quizá de la promesa que hizo Elmer* de que, al vender parte de los terrenos que compartieron, le entregaría un dinero para que adquiriera una casa para sus hijos y darles seguridad. También sueña con unos muebles más bonitos –tal y como un comedor y una cómoda-, ojalá para ubicar en una nueva residencia, porque en la actual no habría lugar para ubicarlos, o se dañarían. También anhela que sus niños pequeños puedan terminar su educación básica y el bachillerato, aunque no pierde de vista su difícil situación actual, la cual aborda con gran entusiasmo desde una perspectiva de superarla día a día.

Con el empuje propio de una madre cabeza de hogar –como orgullosamente se autodenomina-, dijo en tono recio: “Me toca un poco duro, pero le doy gracias a Dios por todo. También quiero sacar mis hijos adelante, y que no sufran ningún fracaso”.

CAMBIO DE PERSPECTIVA

Ahora Luz*, Amanda* y Susana* están mejor, solas, luchando por sus metas y por sus hijos, y son conscientes de que no deben permitir volver a ser violentadas, con la seguridad de estar dispuestas a denunciar cualquier tipo de agresión que enfrenten.

Ellas han quedado marcadas por todo el dolor que sufrieron y soportaron, igual que sus familias. Por esto, es fundamental que la sociedad y el Estado pierdan el miedo a sus problemáticas y se apropien de ellas, buscando la eliminación de cualquier forma de violencia contra la mujer.

Es importante destacar que en los últimos años se han generado desarrollos respecto de las políticas de equidad de género, materializados en el Documento CONPES SOCIAL 161, que presenta la Política Pública Nacional de Equidad de Género, y que incluye el Plan integral para garantizar una vida libre de violencias. El CONPES 161 precisa un plan de acción indicativo para el período 2013-2016, que hoy día se encuentra en implementación.

Por su parte, el Distrito Capital cuenta con una estrategia de género consolidada, que se desarrolla a través de la Política Pública de Mujeres y Equidad de Género (PPMYEG) y el Plan de Igualdad de Oportunidades para la Equidad de Género (PIOEG), normas que permiten el respeto de los derechos de la mujer en todo nivel.



Las Casas de Igualdad de Oportunidades, que están definidas en el acuerdo 583 de 2015 como “espacios de encuentro entre mujeres para el conocimiento de sus derechos y el desarrollo de procesos orientados al empoderamiento social y político, promotores del liderazgo, la autonomía y el ejercicio pleno de derechos”, son una manifestación de ello. En palabras de la Dra. Alicia Alvear, coordinadora de una de estas casas, con ellas se pretende “Territorializar la política pública de mujeres y de equidad de género”, buscando acercar el estamento a la comunidad. De igual modo, son espacios donde las mujeres pueden encontrar, además de acompañamiento jurídico y psicológico, actividades y programas en aras de su empoderamiento y formación, para que conozcan sus derechos y sepan exigirlos.

De este modo, se adelantan procesos de diversa índole, como asesorías, orientación en numerosas materias y talleres propios, como teatro, artes plásticas, tejido o yoga. Igualmente, el Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA) desarrolla cursos de varios tipos, entre ellos mercadeo y contabilidad; la Escuela Superior de Administración Pública (ESAP) y la Universidad Nacional de Colombia (UN) generan cursos y espacios de formación política en el tema de género; la Cooperativa Caja Nacional del Profesor (CANAPRO), junto con la Secretaría de Educación del Distrito (SED), ofrece la posibilidad de culminar los estudios básicos de la primaria y el bachillerato, a través de programas educativos por ciclos.

Sin embargo, es bien escaso el número de mujeres beneficiadas con estos programas, frente a la gran cantidad de ellas que sigue siendo desconocidas y agredidas, mientras los hombres las atacan y ellas lo permiten: existe una evidente ignorancia de los derechos y prerrogativas que le asisten a las mujeres y las políticas existentes no son efectivas.

Junto a las políticas y normas, se hace urgente un cambio en la concepción de la mujer, de sus derechos, y de la igualdad de oportunidades que merece. Para ello, la educación cobra una relevancia fundamental, no solo desde las instituciones educativas, sino desde las familias. Desde pequeños, los nuevos ciudadanos del país deberían aprender a tratar y respetar a las mujeres, rompiendo cualquier convicción errada como el machismo, que ha servido como excusa para negar la equidad al mal llamado “sexo débil”.

De este modo, sería deseable comenzar por suprimir o evitar conductas como bromas sexistas, comentarios denigrantes o alusivos a características estereotipadas de la mujer, los celos, la desatención en los deberes económicos y/o conyugales, la imposición de condiciones vía ‘chantaje’ económico y demás conductas quizá cotidianas, pero intimidatorias, violentas e irrespetuosas contra la mujer. Prácticas que tristemente son el pan nuestro de cada día para muchas mujeres en el país, como lo ratifican las historias de Luz*, Adela* y Susana*.



Sus experiencias son un reflejo de la realidad. Más allá de ello, son verdades que nuestra sociedad debe asimilar y superar, para luego desterrarlas definitivamente de la historia de la humanidad. Este es un proceso que compromete la responsabilidad de todas las naciones, representadas por cada ciudadano y ciudadana, donde superar los miedos y capitalizar las dificultades en oportunidades es el primer paso para lograr dicho objetivo.

En igual sentido, y como la supresión de la violencia contra la mujer debe ser permanente, se deben enfrentar categóricamente los modelos sociales y la educación, no solo en los centros de instrucción o en los hogares, sino enfrentar el sistema de costumbres y de representación de la figura femenina, debiéndola refundar y valorar en pie de igualdad. Si bien hombres y mujeres son diferentes, su tratamiento y concepción debe ser equivalente, identificándose las particularidades necesarias para materializar la correspondiente simetría, tanto jurídica como efectiva.

Así, y solo así, cuando hombres y mujeres se sientan conformes con su lugar, y la diferenciación objetiva haya sido proscrita, se logrará que las violencias contra la mujer e incluso, las de género, desaparezcan. Éste es un compromiso de todos: ¿Desea asumirlo?



Imagen alusiva al día de la mujer en una Casa Refugio / Foto: Jaime León





Universidad del Rosario